

NECROLOGÍA

«IN MEMORIAM»: Alfonso García Valdecasas

por el Académico de Número

EXCMO. SR. D. LUIS DíEZ DEL CORRAL

Es para mí triste y penoso el dirigirme a Vds. hablando de un gran hombre que fue justo y honesto. Estas cualidades fueron una constante a lo largo de su dilatada vida. Alfonso García Valdecasas siempre supo anteponer el bien común a toda preocupación particular.

Habiéndose dedicado desde muy joven a la docencia, especialmente del Derecho, siguiendo el ejemplo de su padre, en su juventud vivió los avatares de la situación política española de esos años. Siempre se dejó guiar por sus más profundas convicciones, y por ello, su figura ha destacado con mayor altura.

Su vinculación a la Universidad se vio plasmada en sus abundantes artículos y libros y en los numerosos discípulos, algunos de los cuales están aquí presentes. Pero Valdecasas no fue sólo un valioso profesor en la Facultad de Derecho. Sus intereses intelectuales le hicieron relacionarse con Ortega y Marañón, y del aprecio que le merecía el primero he sido testigo en numerosas ocasiones. Sobre las ideas europeas de Ortega escribió un interesante artículo en los Anales de nuestra Academia, en 1967, y en 1970, con motivo del homenaje en la Real Academia Española a Gregorio Marañón, analizó brillantemente la figura de su amigo.

Concebía el mundo universitario en el sentido renacentista de la palabra, como un verdadero humanista. No se circunscribió a un mundo cerrado; sus inquietudes fueron muy amplias, sintiendo un gran interés por todo lo que significó el mundo y la cultura clásicos. Su artículo «La guerra en la naturaleza y en la historia del hombre» es fruto de ello.

Sus estudios en las Universidades de Bolonia y Friburgo le hicieron desde muy pronto ampliar sus inquietudes al vasto espacio europeo, y, años más tarde, su nombramiento de Doctor «Honoris Causa» por la Universidad italiana de Padua sería el justo reconocimiento de estos intereses.

Su actuación como primer Director del Instituto de Estudios Políticos estuvo marcada por la variedad de cursos que allí se dictaron, entre los que cabe destacar el suyo propio sobre la «Teoría general de la Sociedad, el Derecho y el Estado».

No solamente le interesaba el derecho desde su vertiente científica, sino también dentro del marco histórico-social. «El hidalgo y el honor», publicado en 1948, es uno de los libros de García Valdecasas en los que mejor se aprecia su buena pluma, su «buen quehacer literario». No en vano se le ha llegado a calificar de poeta.

Su vinculación con Granada, su ciudad natal, le hizo desde muy joven preocuparse por las cuestiones estéticas, y de ahí su pertenencia a la Sociedad de Amigos del Arte. Su conferencia «Granada, la ciudad y su paisaje» es un fiel reflejo de la estrecha vinculación existente entre Valdecasas y esta bella ciudad andaluza. Su carácter de una gran generosidad y su sentido del humor eran fruto también de ello. Cada vez que sus ocupaciones se lo permitían, no dudaba en escaparse, con María, su mujer, a contemplar los muros y la silueta de la Alhambra que desde su casa se divisaban. Algunas veces tuve la suerte de gozar de tan admirable espectáculo, siempre acompañado de sus brillantes comentarios.

Su reconocimiento intelectual le valió el ser elegido miembro de la Real Academia Española, de la de Jurisprudencia y de esta que hoy nos congrega. Desde 1974 ocupó el cargo de Presidente, y durante los diez años que lo desempeñó sus cualidades humanas y su sentido de la entrega destacaron a la par de su altura intelectual.

García Valdecasas se ha convertido en un maestro, en el sentido etimológico de la palabra, *un magíster*, aquel que no sólo logra transmitir sus conocimientos intelectuales, sino que también pone su propia vida y virtudes al servicio de los demás, como ejemplo a seguir.

Por el Académico de Número

EXCMO. SR. D. JOSÉ M.^a DE AREILZA Y MARTÍNEZ DE RODAS

Alfonso García de Valdecasas que nos acaba de dejar para siempre, era uno de esos «hombres esenciales» que Hernando del Pulgar entre los varones claros de su tiempo definía como «aborrecedor de apariencias y de ceremonias infladas, que no hacía muestra de lo que tenía, ni de lo que hacía». Este «hombre esencial» era un fino jurista capaz de entrar en el tuétano de la ley y analizar no sólo su estructura, sino también su dinamismo. Yo lo recuerdo, espigado, con su revuelta y rubia cabellera y su mirada alegre, hablando en un mitin histórico. Y también en el despacho del Instituto de Estudios Políticos, pastoreando investigadores, dirigiendo revistas, recibiendo a opositores a cátedras, resolviendo problemas universitarios.

Catedrático eminente, formado en el centenario recinto hispano de Bolonia, supo impartir no sólo la ciencia que dominaba, sino también el ejemplo de su talante cordial, humano, tolerante, de amistades nunca desmentidas.

Fue un adelantado de la solución monárquica para salir del sistema autoritario, «trabajando —como él gustaba de repetir— en la Monarquía» de forma tenaz e inasequible. Ingresó en las Reales Academias por sus propios méritos. El ensayo sobre «El Hidalgo y el Honor» es acaso uno de los más hermosos textos de nuestra época. Granadino de corazón, enamorado de su tierra, casado con una bella dama del más alto linaje de la capital, nos deja un vacío que poblaremos con el recuerdo de sus siempre luminosas palabras en las tertulias nuestras de cada día.

Alfonso García de Valdecasas manejaba, en sus discursos y en sus lecciones, un castellano, rico en matices, preciso en los conceptos, que era un regalo para sus auditorios. Yo le conocí también cuando puso en marcha una novedosa tarea docente en la Universidad. Alfonso Valdecasas exploraba el mundo subyacente que late en la pregunta y en el modo de preguntar. «Dime cómo preguntas y te diré quién eres», solía repetir. Valdecasas, en un trabajo excepcional titulado «Pregunta y Verdad», nos ofreció una investigación semántica, extraordinaria, que alumbra perspectivas inéditas sobre esta pequeña, rutinaria y casi mecánica modulación tonal de nuestros labios que se llama «la palabra».

Nuestra Academia se honra, dedicando estas palabras de recuerdo y admiración a nuestro querido colega, que dejó una considerable estela de talento y de sabiduría a su fecundo paso por la vida. No se le conocían adversarios, y sí en cambio una pléyade de amigos, de alumnos formados en su cátedra, de compañeros de tertulia, que se enriquecían escuchando su verbo castellano, diáfano, preciso, luminoso, henchido de generosidad.

por el Académico de Número

EXCMO. Sr. D. Juan VELARDE FUERTES

Uno de los privilegios de la vida académica es convivir y aprender de esta convivencia, con hombres grandes, excepcionales. Eso es lo que me sucedió con Alfonso García Valdecasas.

Lo había conocido en la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo» con motivo de un curso prodigioso que dictó sobre «El Hidalgo y el Honor», después convertido en libro. Allí, en los pasillos, tras la conferencia diaria, nos hablaba a los asistentes al mismo de la Reina Ena y nos recitó los versos famosos de Unamuno sobre ella. Inicié algún trato con él, en mi etapa de vicesecretario de Estudios del Ministerio de Trabajo. Andábamos muchos funcionarios a vueltas con una propuesta de constitución de una

entidad obrera original que se ocupase de los transportes urbanos de Valencia. Pero, no nos parecía que el cooperativismo fuese la solución. Por consejo de un granadino, inspector de Trabajo, muy inteligente, fino y culto, Pedro Tenorio Macías, nos pusimos en contacto con Valdecasas. Tenorio nos había dicho: «Le encantan los retos jurídicos». Fuimos a verlo a un despacho de la calle de Serrano. Trabajaba con él entonces José María Ruiz Gallardón. Cuando volvimos, nos dio la solución: una sociedad anónima laboral. Era una novedad jurídica, que él construyó desde la nada. Las actuales proceden de aquel dictamen de Valdecasas.

En esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas me hice muy amigo suyo. Durante su presidencia fui elegido académico, y con él trabajé como secretario de la Corporación. Conversábamos mucho. A veces, nos íbamos a almorzar a Berrio, un restaurante granadino de la Costanilla de Capuchinos. Los 14 de abril me reunía a comer con él, con Eugenio Vegas Latapié y con Rafael García Serrano, a hablar de la historia contemporánea de España que los tres habían vivido con mucha intensidad.

Pasaban delante de nosotros la rebelión universitaria contra Miguel Primo de Rivera; don José Ortega y Gasset y la transformación de la Agrupación al Servicio de la República en la que ambos habían militado; las Cortes Constituyentes de 1931, con puntualizaciones jurídicas agudísimas acerca de lo que se escribió y lo que se pudo haber escrito en aquella Constitución, sobre lo que tenía materiales inéditos importantísimos; la fundación de Falange y José Antonio y, por supuesto, el auténtico carácter de lo sucedido el 29 de octubre de 1933 y por qué lo que allí iniciaba José Antonio tenía que tener como iniciales una «F» y una «E»; sus estudios en Italia y en Alemania; el inicio de la guerra civil, momento en que Vegas Latapié y él se quitaban la palabra para explicar por qué querían estar en primera línea, Vegas, en la Legión, y García Valdecasas, en Artillería, en una batería de antiaéreos; su colaboración como subsecretario con Pedro Sainz Rodríguez y de dónde y cómo surgieron las conjuras contra este ministro, instante en el que García Serrano rezongaba con un: «Si ya lo sospechaba yo»; la visita de Franco para despedirse como subsecretario, cuando planteó al Generalísimo que en Francia, para explicarse las causas del desastre de Sedán se había creado un Instituto de Estudios Políticos y que, como toda guerra civil, era un desastre colectivo, no sería malo imitar al país vecino; la sorpresa de la creación de este centro y de su nombramiento como primer director del mismo, y su búsqueda para nutrir sus secciones de orteguianos liberales y de orteguianos falangistas; finalmente, la historia de su adscripción a una solución monárquica, con mil y una anécdotas de Lausana y Estoril, como miembro del Consejo Privado del Conde de Barcelona.

A mí me encantaba verle discurrir sobre derecho civil, sobre arduas cuestiones constitucionales, sobre historias universitarias de Fernando de los Ríos, de Flores de Lemus —del que había sido ayudante—, sobre el propio Ortega.

Muy liberal, tenía, en determinados momentos que consideraba que se relacionaban con su propia estima, reacciones muy fuertes. Amante de los clásicos, buen latino, fue

un consumado maestro, Pudo haber sido en lo político, en los galardones, muchísimo más. Doctor a los veintiún años, catedrático de Salamanca a los veintitrés, empezó una carrera fulgurante. Una tarde, invitados por Alfonso y su esposa María, mi mujer y yo compartimos, en su casa de Somosaguas, una merienda. Allí estaba también Pedro Gamero del Castillo, su fiel amigo. Hablamos de la ambición, de las posibilidades truncadas. En esto, Gamero le dijo: «Mira, Alfonso; tú siempre tuviste como lema lo que Quevedo escribió de Don Melchor de Bracamonte, que fue un gran soldado sin premio: “Cuando no te premiaron, mereciste, / y el premio en tu valor acobardaste, / y el excederle fue lo que tuviste”».

Hoy he buscado ese soneto perfecto, como todos los de su autor, para transcribir exactamente estas estrofas. Al revisarlo creo que sólo ahora, cuando la muerte borra muchas cosas, podemos sus amigos, académicos de esta Corporación, comenzar a colmar, con nuestro afecto imperecedero, ese premio que en vida no recibió.